

pados á la margen del río? ¿por qué resuenan aplausos y alaridos que llenan los ámbitos de la gran ciudad? Filomena desapareció por un momento debajo de las ondas; pero en seguida, cortada por mano de un ángel la cuerda, y desprendida el ánora, reaparece sobre la haz del río, cual blanca nubecilla que flota en la superficie de las aguas: un grito universal aclama esta nueva é inesperada victoria. Pero ya el Esposo divino anhela por estrechar entre sus brazos á la Esposa finísima, acendrada con el agua y el fuego, y consiente en que rompa el lazo que sujeta al cuerpo el noble espíritu, el filo de la espada. Un golpe descargado sobre el nevado cuello de la Virgen, la transporta á las regiones del goce sempiterno. Los cristianos recogen con amor los restos sacratísimos, y los depositan junto con una ampollita llena de sangre en el sarcófago de las Catacumbas, que los transmitirá intactos, al cabo de quince siglos, á los cristianos del siglo XIX, felices con tan precioso hallazgo.

Ô. ¿Quién, al contemplar el cuadro de este esclarecido martirio, no deberá convenir en la legitimidad del culto de tan ilustre virgen y mártir cristiana, digna de figurar al lado de las grandes heroínas del cristianismo? Escuchad ahora, amados fieles, los motivos que acrecientan en los pechos cristianos el afán de invocarla y venerarla en innumerables altares y templos. Aquel Dios de sabiduría y bondad inapeables, que permitió que la ilustre Filomena yaciese olvidada bajo el suelo romano por tan largo tiempo, parece que hubiera querido indemnizar á su sierva de tamaño olvido, haciendo resonar su nombre en las cinco partes del mundo, enaltecido con la gloria de un poder extraordinario para obrar milagros. Bien lo sabéis: los mismos Sumos Pontífices, los glorio-

sísimos Papas León XII y Gregorio XVI, han autorizado la devoción de los fieles, apellidando á nuestra santa, Taumaturga del siglo XIX. Llenas están, en efecto, las historias contemporáneas de gracias prodigiosas, verdaderos milagros, á la luz de la razón y del sentido común, obtenidos por la intercesión de Santa Filomena. Imposible fuera, no digo referirlos todos, pero ni siquiera enumerarlos sumariamente¹. Basté recordar que desde el momento mismo en que, abierto el sepulcro, se descubrieron los sagrados restos, empezó el cielo á descubrir con milagros la excelsa santidad de la gloriosa mártir. Una celestial fragancia se dejó sentir al instante, y las partículas de la sangre coagulada, contenida en la ampolleta, brillaron á la luz del sol como si fueran fragmentos de oro, plata, rubíes ó diamantes, prodigio muchas veces repetido. Al ser transportados los benditos huesos al afortunado pueblo de Mugnano en la diócesis de Nola, los prodigios se multiplicaron de manera que el arca que los contenía recordaba aquella otra arca del Antiguo Testamento, dotada de virtud evidentemente sobrenatural. Aquí se aligeraba como si fuese una pluma, allí se hacía pesada como de plomo, manifestando la voluntad de la Santa de detenerse en tal ó cual punto del camino, ó de proseguir el viaje, hasta que, al llegar al lugar de su destino, alegró al pueblo, consternado con la sequía, dándole repentinamente una abundante lluvia. Entonces fué cuando este pueblo prorrumpió en gritos entusiastas de ¡Viva el Señor Dios! ¡Viva Santa Filomena! Después las curaciones repentinas, las apariciones de la Santa, las resurrecciones de muertos obradas delante de su altar á su sola invoca-

¹ Véase la Historia de Santa Filomena, publicada en Santiago de Chile.

ción, no ya solamente en Mugnano sino en Nápoles, Monteforte, Castelvétère y otros muchos lugares de Campania y de toda Italia, dilataron los límites de la devoción á la gran Santa, hasta hacerla inmensamente popular en todo el mundo católico. Hoy Francia solamente cuenta con un número considerable de santuarios dedicados al culto de la simpática Virgen, objeto de la devoción tiernísima de aquella lumbrera del Clero francés conocida en el mundo con el nombre de Juan Bautista Vianney, el Cura de Ars, próximo, según pública fama, al honor de los altares.

II.

10. Y ¿seremos nosotros los excluidos de esa fuente de gracias, descubierta providencialmente en nuestro siglo? ¿Por qué, mis amados fieles, si nosotros mismos no queremos serlo? Pero ¿no sería esto una locura? Volvamos, pues, nuestras miradas á esa Virgen portentosa, cuya aparición, como dejamos sentado, ha sido y continuará siendo un reclamo celestial á la fe y á la piedad, hecho por Dios á los espíritus descreídos é indiferentes del siglo XIX. No cabe duda que la invención del santo cuerpo de Filomena, seguida de su culto, propagado en todo el mundo con asombrosa rapidez, es un hecho verdaderamente providencial, un señalado beneficio dispensado á nuestra época por aquel Dios que «renueva continuamente en su Iglesia los ejemplos de las heroicas virtudes de los santos»¹. Á grandes males, remedios heroicos; y los males que aquejaban á la humanidad al despuntar la aurora del moribundo siglo presente, eran gravísimos en el orden espiritual

¹ Ecl. in offic.

y moral: la incredulidad descarada y triunfante, por un lado; y por otro, la más desenfrenada inmoralidad. Después de todo la más vertiginosa confusión de ideas. La Europa, en los comienzos de la centuria décimanona, era un caos, efecto inmediato de la escandalosa Revolución de fines de la décimaoctava. Á la hora presente hay, sin duda, grandes males, vicios y escepticismo y desolación por todas partes; pero á lo menos hay más luz en los espíritus, los campos están ya casi deslindados, la revolución está ya desacreditada y moralmente vencida, vistos y palpados sus estragos en el mundo moderno. Si hay sobra de maldades y errores, no hay tampoco escasez, sino abundancia de bienes y virtudes: la incredulidad materialista tiene apóstoles y prosélitos casi innumerables; pero la verdad católica y la caridad cristiana cuentan á su vez con falanges invencibles de almas heroicas que trabajan en todas partes con feliz éxito; y no sólo contrapesan la acción del mal, sino que hacen preponderar el bien. ¡Bendito sea el Dios de las misericordias que no ha dejado perecer su obra, la Iglesia de Jesucristo! *Misericordiæ Domini, quia non sumus consumpti*, podemos exclamar como el Profeta¹, contemplando las ruinas causadas por la horrible catástrofe del siglo pasado. Hay mucho reedificado ya sobre esas ruinas.

11. La fe parecía destruída enteramente, así como se habían derribado los altares y los templos; pero, gracias al cielo, la fe se ha restaurado en las muchedumbres, y brilla hoy, como en los mejores tiempos, en muchas naciones eminentemente católicas como la nuestra. Las almas se habían degradado con el hálito

¹ Thren. 3, 22.

impuro de las doctrinas corruptoras del filosofismo volteriano: hoy, merced á la reacción católica, alienta en un sinnúmero de almas la caridad, que purifica y engrandece. Las órdenes religiosas, espejos de santidad, se esparcen por doquiera, para fomentar el culto, santificar las almas, ejercer toda suerte de obras de misericordia. El que no quiere ver, es porque ama las tinieblas; el que no practica la virtud, es porque está bien hallado con la corrupción y el vicio. Afortunadamente hay en el mundo todavía muchas almas generosas y nobles, corazones perfectamente sumisos á la ley del Señor, personas de todo estado, que por su piedad son la sal de la tierra y el consuelo y esperanza de la Iglesia. Y ¿quién no advierte, amados fieles, la saludable influencia del culto de la santidad, personificada en Filomena, sobre esas bellas disposiciones de las almas? ¿Qué fe, por lánguida y apagada que se encuentre, no se aviva al resplandor de la heroica fe de la magnánima virgen cristiana? Ella nos pone delante los supremos esfuerzos del paganismo para arrancar del suelo romano la planta de la fe de Jesucristo, esfuerzos vanos, aunque terribles, como lo habían sido los de las persecuciones anteriores y lo fueron los que vinieron después á combatir la santa religión de Cristo. ¿Podrá caducar una creencia sellada con la sangre de millones de mártires? ¿podrá creerse de buena fe que es invención humana una religión defendida con valor sobrehumano por esta doncella angelical, por esta criatura revestida á todas luces de virtud y fortaleza divinas? ¡Ah! cristianos: contemplar este prodigio, y no creer, ó continuar viviendo en el indiferentismo religioso, es horrible monstruosidad, es poco menos que imposible. Pues ¿qué diremos del maravilloso efecto de los mila-

gros verificados en este mismo siglo, á vista del mundo entero, por la gloriosa Taumaturga? ¿Cómo no despertar los más aletargados espíritus al ruido extraordinario de las grandes maravillas obradas por la nueva Santa venerada en Italia? El hecho es que la fama de los milagros de Santa Filomena atrajo á su altar innumerables peregrinos de todas las naciones, y entre ellos muchos pecadores y algunos incrédulos, los cuales, rendidos á la evidencia de los hechos sobrenaturales, no pudieron menos de tornar á la fe de la Iglesia católica. Como en otro tiempo el juez pagano que atormentaba al mártir San Venancio, forzado del cielo que hablaba en favor de la causa de la inocente víctima, hubo de exclamar, cayendo exánime del tribunal: «El Dios de Venancio es el verdadero, destruíd á nuestros dioses»¹; así los impíos del siglo presente, heridos por la luz de tantos prodigios obrados por la gloriosa mártir, viéronse forzados á confesar que «el Dios de Filomena era el verdadero Dios»; y la religión de Cristo, la única que posee la verdad para la salvación.

12. En cuanto á vosotros, felices habitantes de esta parroquia, que os habéis adelantado á honrarla y venerarla, y hoy le dedicáis un hermoso altar en vuestro magnífico templo, ya habréis, sin duda, empezado también á conocer por experiencia el poder y la bondad de vuestra nueva protectora. Seguid siendo sus fervorosos devotos. Y quiera Dios que por vuestra iniciativa y ejemplo se propague en esta fértil tierra de Colombia, como en otras de América, la devoción de la querida Santa Filomena, á fin de que se abra una nueva fuente

¹ Brev. Rom. in offic. sancti Martyris.

de celestiales bendiciones que acredite cuánto le agrada al Señor de las alturas el culto tributado á su bienaventurada Esposa. Así sea.

PANEGÍRICO DEL BEATO JUAN BAUTISTA
DE LA SALLE,
FUNDADOR DE LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS

(predicado en la catedral de Bogotá, 1897).

Qui ad iustitiam erudiunt multos, quasi stellae
in perpetuas aeternitates.

Los que adoctrinan á muchos en la justicia,
resplandecerán como estrellas por eternidad de
eternidades.

Dan. 12, 3.

1. *Mira el cielo y cuenta, si puedes, las estrellas que lo pueblan*, decía Dios al Patriarca Abrahán¹, mostrándole en el vasto y hermoso cuadro del estrellado firmamento el número y la nobleza de sus hijos. Los hijos del Padre de los creyentes² son los hijos de la fe, los ciudadanos de la Iglesia de Jesucristo, los pobladores del cielo, morada de Dios y sus escogidos, los santos. ¡Cuántas son, pues, las estrellas fulgentísimas que brillan en el cielo de la Iglesia de Cristo! Allí los Apóstoles, allí los Mártires y Confesores, los Doctores y las Vírgenes, los santos de toda edad y condición, todos, aunque de diversa magnitud é intensidad de brillo, astros lucidísimos de santidad, cada uno de los cuales da su luz, la luz que le es propia, en su respectivo círculo, según el Profeta³; esto es, en el tiempo y estado señalado por el dedo de la Providencia para el bien y la felicidad de los hombres. No hay entre ellos estrellas fugaces, á modo de exhalaciones fosfóricas, como acontece en esta baja región atmosférica, en este falso cielo

¹ Gen. 15, 5.

² Rom. 4, 11.

³ Bar. 3, 34.

de las grandezas humanas, astros que no brillan sino por un momento y con incierto y estéril resplandor, para desaparecer eternamente en el olvido.

2. Mas, aunque este brillo de la verdadera gloria ante Dios y los hombres corresponda, según el modo de hablar de la Escritura, á todos los justos¹ y santos de la Iglesia, no puede dudarse que, conforme á las palabras de mi texto, palabras de verdad eterna, resplandecerán con brillo singular, como estrellas de primera magnitud y de luz indeficiente por eternidad de eternidades, los sabios y doctores que adoctrinaron á muchos en la justicia². ¿Quién, pues, eclipsará el brillo de aquel que, por sí personalmente, y por medio de sus hijos, en el espacio de dos siglos, ha difundido por todas partes la cristiana ilustración, ha enseñado la justicia, por medio de la escuela, á innumerables hombres, á los millares y millones de alumnos que, por toda la redondez de la tierra, frecuentan los planteles y colegios de los Hermanos de las Escuelas Cristianas? ¿quién brillará más que el Beato Juan Bautista de la Salle, á quien hoy tributamos solemnes cultos, autorizados ya por la voz y el ejemplo de la Sede Apostólica? Grande es, amados fieles, superior á todo encomio, la gloria del egregio varón que, siguiendo las huellas nobilísimas de Ignacio de Loyola, Juan de Calasanz, Jerónimo Emiliano y otros varones de esta talla en los últimos tres siglos, consagró su vida, sus bienes, sus talentos, cuanto tuvo y cuanto fué, á educar la desamparada niñez, mayormente de la clase pobre, en el espíritu de inteligencia y de piedad, para formar ciudadanos perfectos, verdaderos cristianos, hombres según la ley del evangelio,

¹ Fulgebunt iusti (Sap. 3, 7).

² Dan. 1. c.